

# Las zanahorias de la política del gran garrote

El 24 de febrero la Organización de Estados Americanos hizo los preparativos necesarios para las ocasiones solemnes. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América, iba a decir un discurso dirigido a los miembros de la organización. Desde varios días antes la prensa se había encargado de crear expectativas alrededor de las palabras que el Presidente pensaba decir y las que pensaba callar. El público se comportó con propiedad, el Sr. Reagan habló con la soltura, el aplomo y el gesto dignos de un Jefe de Estado. La puesta en escena fue de primer orden. Menciono todos estos detalles porque el último Presidente de los Estados Unidos nos ha recordado que la palabra bien escogida, el tono adecuado y la postura de estadista son a veces más convincentes en el corto plazo que los argumentos sutiles y las complejidades teóricas.

Este es un aspecto clave del discurso del Sr. Reagan, la crisis de Centro América, tema principal de su intervención, es ahora una de las piezas más importantes de la batalla política en el Congreso y el Senado de los Estados Unidos. El Presidente necesita comprar tiempo y sus propuestas, al hacer más difuso el camino que se va a seguir, contribuyen a desviar la atención. Al llegar los republicanos al poder, ansiosos por demostrar su amor a la bandera y su desprecio al comunismo, decidieron convertir el problema de El Salvador en una crisis internacional para probarle a los rusos que el poder estadounidense sigue incólume. El caso parecía fácil; El Salvador es un país pequeño y sus problemas, por

aquello de las proporciones, también parecían pequeños. Hoy, más de un año después de que Alexander Haig dirigiera la atención hacia El Salvador, está clarísimo que el problema no era fácil y que las ideas originales tienen que ser reevaluadas. Pero ahora resulta que la administración Reagan ha quedado atrapada en su propia retórica, y no puede cambiar de curso con facilidad.

El problema parece haberse caracterizado de la siguiente manera; si bien es cierto que en El Salvador hubo injusticias en el pasado, los problemas actuales se deben a que un puñado de comunistas locales, con el apoyo de Rusia a través de Cuba y Nicaragua, quieren apoderarse del poder, seguir hasta Guatemala y Costa Rica y apoderarse luego de los pozos petroleros mexicanos y del Canal de Panamá. Desde este punto de vista cualquier esfuerzo por solucionar los problemas estructurales de El Salvador puede ser interpretado como una entrega al comunismo internacional. Este tipo de razonamiento ha hecho que la política norteamericana le haya dado preponderancia a la solución militar, pero la fuerza bruta no ha tenido el éxito previsto. Mientras, la clara discrepancia entre las promesas y declaraciones de la administración Reagan y la realidad, ha hecho que el público norteamericano y las cámaras legislativas se opongán cada vez más a esas políticas. Peor aún, las declaraciones del Pentágono y del Departamento de Estado se parecen cada vez más a las que los mismos organismos hicieron a comienzos de la guerra de Viet Nam. La comparación entre ambos

casos se ha convertido en una obsesión de la prensa norteamericana y el trauma de Viet-Nam se levanta sobre Norteamérica como fantasma de un pasado mil veces rechazado. El pueblo de Estados Unidos no quiere repetir esa historia desgraciada. Dentro de esta atmósfera cargada de sentimientos y luchas políticas el gobierno, como requisito para que el Senado autorizara más ayuda militar, se vió obligado a certificar que en El Salvador había mejorado la situación de derechos humanos. El debate alrededor de esa certificación ha puesto de relieve lo inadecuado de las políticas de la administración Reagan en Centro América. Dentro de este contexto, el discurso del Presidente de Estados Unidos ante la OEA tenía que surtir efectos inmediatos para calmar los ánimos de los políticos y dar a entender que la estrategia para solucionar la crisis de la región centroamericana incluye algo más que balas, y que cuenta, al menos en parte, con el apoyo de otros países de América.

El discurso del Sr. Reagan contiene una cuidadosa mezcla de ideas grandilocuentes y "real politik". Por un lado enfatiza la tradición democrática de los países de América y por el otro va a la médula de la preocupación de su gobierno: "casi la mitad del comercio estadounidense, dos terceras partes de nuestro petróleo importado y más de la mitad de nuestros minerales estratégicos importados, pasan a través del Canal de Panamá o del Golfo de México. Que nadie se equivoque: el bienestar y la seguridad de nuestros vecinos en esta región favorecen nuestros propios intereses". La preocupación por las bendiciones de la democracia (entendida a la americana) surge cuando el imperio se ve amenazado.

La política norteamericana tiene varias facetas, en su discurso el Sr. Presidente se encontró en una de ellas, la de la ayuda económica. Siguiendo su propia variedad de determinismo económico, el Sr. Reagan dijo que "la salud económica es una de las claves para un seguro porvenir de nuestros vecinos".

Una vez decidido a prestar ayuda, el Presidente Reagan ya conoce cuál es el mejor camino para que dicha ayuda sea efectiva. Fiel a sus principios, él sugiere "utilizar la magia del mercado de las Américas como medio para alcanzar por sus propios medios

un crecimiento que se mantenga a sí mismo". Sin embargo, no cabe duda de que la situación presente no permite que el mercado trabaje con la suavidad que dicen los libros de texto; por eso el programa norteamericano también contendrá ayuda directa, pero dicha ayuda "fomentará las actividades del sector privado, no las desplazará". Veamos cuáles son las propuestas concretas.

El plan contiene seis puntos:

—eliminación de aranceles a los productos del área durante 12 años;

—incentivos fiscales para la inversión en la Cuenca del Caribe;

—350 millones de dólares más de ayuda para los países que atraviesan una situación especialmente difícil;

—asistencia técnica y adiestramiento para el sector privado;

—colaboración estrecha con Canadá, México y Venezuela para coordinar la ayuda a la región;

—medidas para que Puerto Rico y las Islas Vírgenes también se beneficien del programa.

En lo que respecta a El Salvador, solamente los tres primeros puntos parecen ser importantes. Antes de analizar el efecto que el programa de la Cuenca del Caribe puede tener sobre la economía de El Salvador, vale la pena advertir que dicho programa tiene que ser aprobado por las legislaturas y que ya se puede detectar una fuerte oposición. Algunos legisladores temen que el programa no es más que una forma de dorar la píldora para una intervención militar más profunda en El Salvador; otros creen que la economía salvadoreña ya no puede ser rescatada con ese tipo de medidas; hay también algunos a quienes se les hace difícil aumentar la ayuda al exterior al mismo tiempo que se le recortan los fondos presupuestarios a aquellos programas destinados a ayudar a los pobres dentro de los Estados Unidos (quienes, a diferencia de los salvadoreños, votan en las elecciones para Congresistas y Senadores); y, por último, algunos piensan que la eliminación de aranceles puede hacer que la producción de los países favorecidos desplace productos hechos en Estados Unidos, haciendo así que aumente el desempleo.

Estas actitudes de los legisladores nos dan a entender que no se puede dar por sen-

tado que el programa será aprobado en su forma actual.

Veamos ahora cuáles serían las posibilidades de que la ayuda norteamericana, tal como ha sido planteada, tuviera un efecto importante sobre la economía de El Salvador.

Nuestra economía está en una crisis sin precedentes debido principalmente a la guerra civil en la que estamos envueltos. A grandes rasgos se puede decir que la producción de bienes y servicios ha bajado a los niveles que tenía en 1974, el producto interno bruto de 1981 fue, según cifras oficiales, cuatro quintas partes del de 1978. Entre 1979 y 1981 el consumo se ha reducido en 17 o/o, la inversión privada en más de la mitad, la inversión pública en un cuarto, la fuga de capitales ha llegado a representar casi el 6 o/o del PIB\*, etc. Todo este retroceso dramático es consecuencia directa de la guerra civil. En precios de 1981 el producto interno bruto de 1981 fue 2,321,5 millones de colones menor que el de 1978.

1981 la producción de café bajó 8.1 o/o, la de algodón 25.5 o/o y la de caña 21.35 o/o. La Asociación Cafetalera nos da cifras más alarmantes con respecto a la producción de café. De acuerdo con dicha asociación la producción de café se ha reducido en un 45 o/o. Las razones por las cuales ocurrió esta disminución en la producción son múltiples y van desde la destrucción directa de cosechas hasta la falta de inversión. Muy poco de esta reducción se puede atribuir a las veleidades del mercado y, en consecuencia, sería iluso creer que la "magia del mercado", para usar las palabras del Presidente de los Estados Unidos, nos va a ayudar a levantarnos.

El Plan del Sr. Reagan también incluye incentivos para los inversionistas norteamericanos. Es bien sabido que el aumento en los riesgos disminuye la inversión. Los inversionistas arriesgan su dinero para obtener un retorno, y si es muy incierto que van a obtener ese retorno, entonces mejor se abstienen de invertir. ¿Cómo verían los inversionistas de los Estados Unidos el riesgo de invertir en El

Cuadro I

PRODUCTO INTERNO BRUTO 1978-1981 (Miles de colones)

	1978	1979	1980	1981
Valor precios corrientes	7,695.278	8,618.712	8,468.700	8.532.200
Deflator implícito (1962= 100)	210.8	239.7	260.6	290.1
Deflator implícito (1981 = 100)	72.66	82.63	89.83	100
Valor precios constantes de 1981	10.590.805	10.430.488	9.427.474	8.532.200

FUENTE: Banco Central de Reserva, 17/XI/81.

Para solucionar esta crisis el Presidente Reagan nos plantea un paquete completo de posibilidades. Primero nos ofrece un mercado libre de aranceles para nuestros productos básicos. El problema es que la productividad de todas nuestras exportaciones ha bajado enormemente. Según el BCR entre 1979 y

Salvador? Probablemente se fijarían en la actitud de su propio gobierno. Con respecto a esto es ilustrativo notar que el Departamento de Estado considera oficialmente que los puestos en su Embajada en El Salvador son a la vez de gran dureza y peligrosos, la única otra Embajada que tiene ese dudoso honor

## Cuadro II

### PRODUCCION AGRICOLA 1979-1981

(Precios Constantes de 1962- Miles de colones)

	1979	1981	o/o
Agricultura	580.077	513.670	-11.4
Café	271.996	250.035	- 8.1
Algodón	69.830	51.978	-25.5
Azúcar	27.459	21.596	-21.35

Fuente: Banco Central de Reserva, 17/XI/81.

es la de Kabul en Afganistán. No es muy probable que los inversionistas decidan arriesgar su dinero en un país que es oficialmente peligroso.

El Plan del Presidente Reagan también toma en cuenta que hay países, como El Salvador, que pasan por vicisitudes económicas "especialmente difíciles" y que por lo tanto necesitan que se les dé una ayuda especial. El tercer punto del plan del Presidente se hace cargo del problema y contempla ayuda por un monto de 350 millones de dólares para este año fiscal, 100 millones de los cuales le corresponden a El Salvador. Si comparamos esta cifra con los dos mil millones de colones en que ha bajado el PIB desde 1978, nos damos cuenta de que la ayuda que se nos ofrece no parece ser suficiente.

Ahora bien, no se trata de rechazar el planteamiento de ayuda por sí misma. Se trata de cuestionar esa ayuda dentro de un contexto histórico determinado. La crisis económica de El Salvador es producto de la guerra civil y esa guerra civil no llegará a su fin si no se reconocen las transformaciones profundas que ha sufrido nuestra sociedad y si no se busca una solución que tome en cuenta a todos los grupos en conflicto. El gobierno de los Estados Unidos ha sido uno de los principales obstáculos para que se lleve a cabo una solución negociada; en otras palabras, la actitud de los Estados Unidos está prolongando la guerra y por lo tanto el desastre económico. Resulta irónico que por un lado no se nos permita encontrar la paz que nos lleve a una recuperación económica y que, por otro lado, se nos ofrezca una ayuda a todas luces insuficiente, por la que tendremos que estar agradecidos y por la que tendremos que pagar con concesiones políticas.

\* Se ha considerado que la cuenta de errores y omisiones de la Balanza de pagos es un indicador de la fuga de capitales.

H.L.F.